

En el Auditori

Temporada OBC

Nin Culmelli: Diferencias. **Bruch: Concierto para violín y orquesta.** **Albéniz: Escenas sinfónicas catalanas.** **Debussy: La Mer.** **Sarah Chang, violín.** **OBC. Eiji Oue. 9 de octubre**

Tras el ya tradicional Festival Mozart, la OBC dio inicio a su temporada de conciertos 2009-2010 con un programa que tenía numerosos puntos de interés y que evidenció que esta orquesta, con muchas caras nuevas entre sus atriiles, sigue en la línea de temporadas anteriores: una calidad indiscutible, pero todavía falta de dar aquel paso que la lleve a situar entre una de las orquestas de referencia europeas. El primer punto de interés fue la interpretación de las **Escenas sinfónicas catalanas** de Albéniz, una obra que desde su estreno en 1889-1890 no había sido interpretada y que tras el trabajo musicológico de Josep Dolcet, ha visto de nuevo la luz. Media hora de sinfonismo musical, de gran belleza, de una calidad indiscutible, de gran vuelo lírico, de timbrica notoria en que un romanticismo de un alto sabor descriptivo nos sitúan en una fiesta campestre en distintas montañas de Cataluña. Una partitura que, sin lugar a dudas, debería formar parte del repertorio habitual de nuestras orquestas. La presencia de Sarah Chang, como solista del concierto de Bruch era otro de los alicientes del programa. Un despliegue de facultades técnicas, de sonoridades aterciopeladas, para interpretar una obra que si bien no es muy habitual en su repertorio, si que le va como anillo al dedo para el desarrollo de su tan exquisita musicalidad. Una versión de **Diferencias** de Nim Culmell, con su estructura formal a base de variaciones y con la tradición musical española como fondo, y la atmósfera onírica y colorista de **El mar** de Debussy, permitieron a Oue y a la OBC ofrecernos momentos de sinfonismo brillantes y de indudable belleza pero todavía a un paso de aquella magnitud y personalidad que debería poseer una orquesta con tantos años de historia.

Lluís Trullén

En el Liceu

L'Arbore di Diana: Entre el amor, el sexo y la buena presentación. 1 de octubre

La inauguración de la temporada 2009-10, inscrita en un año inmerso totalmente en la crisis económica, supuso el reencuentro con el operista valenciano Vicente Martín y Soler (1754-1806), de cuyo periodo vienés (1782-1792) surgieron óperas famosísimas en su tiempo gracias a la colaboración con el libretista Lorenzo da Ponte como **Una cosa rara** (1786), **Il burbero di buon cuore** (1786) y la que nos ocupa en esta ocasión, **L'Arbore di Diana** (1787).

Siendo en su época más famoso que Mozart, es fácil apreciar el motivo: clasicismo vienes suave, agradable, de fácil melodismo y una estructura formal bastante reconocible, lo que favoreció su popularidad pero también años después su rápido ocaso, pues la figura de Mozart, ya muy entrado el siglo XIX, se erigió en el compositor más representativo del periodo, eclipsando a los antaño adorados Salieri y Martín y Soler.

Lorenzo da Ponte suministró para **L'Arbore di Diana** un libreto de licenciosidad admirable, próximo a **Così fan tutte**, aunque aquí el elemento travieso es Amore, dispuesto a que la casta y frígida Diana sienta los efectos del



L'Arbore di Diana

interés del espectador del siglo XXI mengua. Si a ello unimos una agradecida poda de los recitativos y de arias de personajes secundarios, la ópera quedó en casi dos horas y media de música, sin contar el entreacto de media hora.

Los imaginativos efectos luminotécnicos de Bruno Poet contribuyeron a esa atmósfera que bebía tanto de la estética «mangá» como del pop, sobre todo en el vestuario. El Amore travestido de niño de un modo que recordaba al líder de una banda de heavy metal y también de mujer según conviniera al lío que organizaba, fue muy divertido escénicamente y proporcionó alguno de los mejores lances buffos de la obra.

noble sentimiento, aunque en el montaje de Francisco Negrín, coproducido entre el Liceo y el Real, uno piense que lo que más hay es una atmósfera de hormonas disparadas entre diversos personajes, desde Doristo, pasando por Endimion y Silvio, sin olvidarnos de las ninfas de Diana, y que más que amor lo que desean todos es darse unas buenas alegrías corporales.

No obstante el montaje, con un espacio limitado pero bien aprovechado escénicamente, con entradas y salidas ágiles, así como el entendible trabajo del famoso árbol consagrado a premiar la abstinencia carnal y a escarnecer por tanto la sexualidad, fue muy acertado, pues contribuyó a explicar fácilmente este vodevil pontiano, con un interés mayor en el planteamiento de los numerosos conflictos, especialmente en el primer acto. En cambio, en el segundo la acción se embrolla a la vez que se dilata su resolución dramática, con lo que el

Musicalmente Harry Bicket plasmó con sumo acierto la atmósfera amable del discurso de Martín y Soler, con notable fluidez y sin apenas desajustes en las entradas, además de dar el oportuno acompañamiento a los solistas, perfectamente cómodos en sus tesituras; lo que anduvo a la par con la creación del valenciano, pues aportó un tejido sonoro limpio, previsible y bien engrasado.

El reparto rindió en conjunto de modo admirable, comenzando por el Doristo del pretendido bajo Marco Vinco, si bien el que firma cree que es más bien un bajo-barítono pues a pesar del color sombrío del instrumento, la facilidad en la agilidad y la perceptible mayor comodidad en la tesitura más elevada, la voz corre mejor por esa zona híbrida, aunque haya cantado roles del repertorio rossiniano más vinculados a bajos buffos, como Mustafá, que haya cantado también roles como Don Giovanni o Belcore, así lo